

LOS NIÑOS DE LA GUERRA: ENTRE LA HISTORIA ORAL, EL CINE Y LA MEMORIA*

CHILDREN OF THE WAR: CINEMA, ORAL HISTORY AND COLLECTIVE MEMORY

Igor Barrenetxea Marañón
UPV/EHU

Entregado el 3-8-2011 y aceptado el 10-11-2011

Resumen: La sublevación militar de 1936, en España, cambió la vida y el destino de millones de personas. Y, al mismo tiempo, marcó la de otras que se vieron empujadas a la huida ante el miedo y la incertidumbre generadas por el conflicto. De entre estos colectivos, uno fue especialmente vulnerable: la infancia. Para evitar su sufrimiento el Gobierno Vasco, en 1937, tomó la decisión de evacuarlos para salvaguardarlos de los bombardeos y la miseria. La suerte de estos niños, enviados a Gran Bretaña, Francia, Dinamarca, la URSS, etc., adquirió un nuevo protagonismo. Estos relatos de vida son lo que retrata el documental *Los niños de Rusia* de Jaime Camino. Se recoge la experiencia y testimonio de aquellos que fueron enviados a Rusia y vivieron aquella evacuación infantil, que acabaron viviendo la mayor parte de sus vidas allí, tras el triunfo del franquismo y el inicio de la Segunda Guerra Mundial. Es su historia contada con sus propias palabras y sentimientos.

Palabras clave: Niños de la guerra, Guerra Civil, historia oral, cine, Rusia, documental.

Abstract: The 1936 military uprising in Spain changed the life and fate of millions of people and marked the life of many more, who were forced to flee

* Agradezco al catedrático Santiago de Pablo su valoración crítica y sus sustanciales aportaciones a la mejora y acabado de este artículo, si bien, soy el único responsable de su contenido.

from the fear and uncertainty that came with the conflict. Children were among the most vulnerable of these groups. In 1937 the Basque Government decided to evacuate children to avoid suffering and safeguard them from the bombing raids and the poverty. The fate of these children, evacuated to Britain, France, Denmark, the USSR and elsewhere, acquired great importance. The stories of their lives are told in the documentary *Los niños de Rusia* by Jaime Camino, which presents accounts by children who were sent to Russia as war evacuees and ended up living most of their lives there, following the victory of Franco's troops and the outbreak of World War II. It is their own story told through their own words and feelings.

Key words: War evacuees, Civil War, oral history, film, Russia, documentary.

Los niños son siempre las víctimas inocentes de todas las guerras. El avance de los frentes, la dureza de los combates y el peligro de sucumbir bajo el horror de los bombardeos provocan la huida de las poblaciones¹.

1. Introducción

La sublevación militar de julio de 1936 cambió la vida y el destino de millones de personas en España. Y, al mismo tiempo, marcó la de otras miles que se vieron empujadas a la huida ante el miedo y la incertidumbre generadas por el conflicto. De entre estos colectivos humanos, uno fue —y lo sigue siendo en conflictos bélicos actuales— especialmente vulnerable a los avatares históricos: la infancia. Las guerras del siglo XX no sólo se han caracterizado por su brutalidad sino por extenderse más allá de los frentes de batalla, debido al uso de la aviación y a las tácticas de bombardeo, adquiriendo una naturaleza nueva, como es la amenaza sobre la retaguardia y la población civil.

El bombardeo de Gernika simboliza esta cruda realidad y une como punto de partida la memoria de miles de vascos. Esta muerte que venía del cielo hizo que el Gobierno vasco decidiera poner a salvo a miles de niños vizcaínos. Se adoptaron las primeras medidas para evacuar a terceros países con el fin de evitarles sufrir y padecer los horrores de la contienda. Posteriormente, en unos meses a lo sumo, se confiaba en traerlos de regreso una vez se ganara la guerra. Sin embargo, la guerra duró más de lo que muchos esperaban, terminando con la victoria de los sublevados. La suerte de estos niños, enviados a Gran Bretaña, Francia, Dinamarca, la URSS, etc., adquirió un papel nuevo, como consecuencia del desenlace de la guerra. Las mismas autoridades que los habían enviado al exilio no eran las que ostentaban el Gobierno en España. Mientras algunos niños (básicamente, los que emigraron a los países occidentales) volvieron muy pronto a casa, los que fueron enviados a la URSS tardaron mucho en regresar o no lo hicieron nunca.

Estos relatos de vida son lo que retrata el documental cuyo análisis es objeto de este artículo: *Los niños de Rusia* (2001) de Jaime Camino.

¹ Jesús J. Alonso Caballés: *1937. Los niños vascos evacuados a Francia y Bélgica*, Asociación de Niños Evacuados el 37, Bilbao, 1998. p. 27.

En él se recoge la experiencia de aquellos niños que fueron enviados a la URSS, con sus vivencias personales y sus traumas como *niños de la guerra*. Estas imágenes plasman el testimonio *en vivo* de una parte de los protagonistas de aquella evacuación infantil (con edades comprendidas, cuando se marcharon, entre los 4 y los 16 años). Es su Historia contada con sus propias palabras, en un ejercicio de historia oral de gran interés como fuente, aunque en este caso esta no sea recogida directamente por el historiador o historiadora sino por un cineasta que, por medio del montaje y de otras técnicas cinematográficas, crea la película como un documento histórico con vida propia.

Uno de los aspectos que hay que tratar al analizar un filme es conocer la intención de su director para saber si, finalmente, cumple con el motivo que le ha guiado en su proceso de creación. En este sentido, Jaime Camino, que había mostrado gran interés por el tema de la Guerra Civil en otros trabajos (*Las largas vacaciones del 36* —1976— o *La vieja memoria* —1977—), lo consigue.

Tal y como afirma Farrugia, «somos los productos de un relato social colectivo que nos concierne y nos comprendemos a nosotros mismos a través de la historia que se nos narra socialmente».² El estudio de una película como esta —compuesta casi exclusivamente por testimonios de antiguos niños de la guerra, hoy ancianos— permite integrar el conocimiento histórico de los hechos a los que se refiere el filme, con la particular memoria colectiva de esos protagonistas, imposible de separar de su valor emotivo y de los cambios operados en el contexto social y político reciente, puesto que, con seguridad, sus testimonios no hubieran sido iguales si hubieran sido rodados en 1950, 1975 o 1990. En resumen, se trata de analizar cómo estos relatos se integran y se procesan, hasta perfilarse, finalmente, como *otro tipo* de relato histórico. Este documento visual se convierte, a fin de cuentas, en un *agente de la historia*³, que nos permite acercarnos no sólo a *lo que pasó* sino a cómo ese pasado es *contado* de nuevo por cada generación.

² Francis Farrugia: «Síndrome narrativo y reconstrucción del pasado», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, núm. 32, 2004, p. 138.

³ Marc Ferro: *Historia contemporánea y cine*, Ariel, Barcelona, 1995, p. 17.

2. Las evacuaciones infantiles

En el conjunto de los hechos sucedidos durante la Guerra Civil en el País Vasco, la evacuación infantil de la primavera de 1937 es un hecho clave, no sólo por su importancia real, sino porque se ha convertido en un auténtico *lieu de memoire*⁴, rememorado posteriormente por medio de obras literarias, películas, programas de televisión, monumentos, homenajes, etc. *Los niños de Rusia* forma parte de este ejercicio de recuperación de la memoria histórica, iniciado en la Transición e incrementado exponencialmente en los últimos años⁵. Pero antes de entrar en el análisis del filme, es necesario recordar, aunque sea someramente, los principales hitos de dichas evacuaciones infantiles. Ello nos servirá para contrastar la memoria que hoy mantienen los entrevistados por Camino con el estado actual de la historiografía científica sobre la cuestión.

Desde octubre de 1936, el territorio gobernado por el recién constituido Gobierno de Euzkadi estaba aislado —junto a Cantabria y Asturias— del resto de la zona republicana española. El ejecutivo presidido por el lehendakari José Antonio Aguirre tuvo que hacer frente a numerosas dificultades, pero llevó a cabo una amplia labor, en campos muy diversos, superando incluso la letra del Estatuto de autonomía aprobado por las Cortes de la República el 1 de octubre, con el fin de asegurarse la fidelidad del católico Partido Nacionalista Vasco (PNV). A inicios de 1937, tras el impacto que había ocasionado el bombardeo sobre Bilbao⁶, el 4 de enero, y todavía sin la amenaza de la ofensiva general franquista sobre el frente norte, el Gobierno vasco decidió preparar una primera expedición de niños a Francia. Con la colaboración con la Embajada española en Pa-

⁴ Perre Nora: *Les lieux de memoire*, Gallimard, París, 1985.

⁵ Eduardo Pons Prades: *Los niños republicanos en la guerra de España*, Oberon, Madrid, 2004. Cf. *El exilio de los niños (exposición): Palacio Euskalduna, Bilbao, del 17 de diciembre de 2003 al 23 de enero de 2004*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2003. Cf. *Recuerdos: basque children refugees in Great Britain*, Mousehold Press, Norwich, Norfolk, 2007.

⁶ Santiago de Pablo: «La Guerra Civil en el País Vasco: ¿un conflicto diferente?», *Ayer*, núm. 50, 2003, pp. 115-141. Ese día varios bombarderos del bando nacional dejaron caer varias bombas en Bilbao y alrededores ocasionando varias víctimas mortales. Y uno de esos raros casos de violencia espontánea en el País Vasco durante la contienda, como consecuencia de los bombardeos, varios grupos de milicianos asaltaron varias cárceles de la ciudad, asesinando a 224 personas, hasta que el Gobierno vasco y las fuerzas del orden lograron restaurar la situación.

rís, se trataba de ponerles así a salvo de los horrores de la guerra. El Departamento de Asistencia Social presentó la propuesta en la que se inscribieron 1.655 solicitudes, de las que se eligieron cuatrocientas para su evacuación. Gracias a la ayuda facilitada por el cónsul británico en Bilbao, Ralph Stevenson, la *Royal Navy* puso a su disposición dos destructores con el fin de que el traslado a la isla de Oléron, en Francia, no supusiera ningún riesgo para ellos, al ser Gran Bretaña un país neutral⁷. Tanto los partidos como la opinión pública vizcaína fueron favorables a esta operación para salvarlos del sufrimiento.

Finalmente, el 20 de marzo los niños y niñas, con edades comprendidas entre los 5 y los 12 años, fueron enviados a Bermeo y de allí embarcados a su destino en Francia⁸.

Con esta experiencia en su haber, la inminencia de la ofensiva de Mola sobre Vizcaya hizo que el Gobierno vasco y el Departamento de Asistencia Social preparasen un plan de evacuación masiva ante el apremio por la complicada situación que se avecinaba. A pesar de las reticencias de Francia y Gran Bretaña a la hora de acoger a miles de refugiados (por distintos motivos), finalmente, accedieron a proceder a la evacuación.

Sin la imprescindible ayuda de la armada británica o francesa o la aceptación de los refugiados en sus respectivos países, eso no hubiera sido posible. Además, los niños iban a estar acompañados y al cargo de personal pedagógico y auxiliar que formaba parte del sistema educativo, con el fin de que ayudasen a su buen comportamiento y, sobre todo, a «proyectar una imagen inmaculada del proceder de los vascos» mientras estuviesen en el extranjero⁹. Pero la suerte de la guerra hizo que entre los meses de mayo y junio el proceso de las evacuaciones se acelerase ante la violencia desatada por los bombardeos de Durango, Gernika y los nuevos ataques a Bilbao¹⁰. Para la evacuación, el Gobierno vasco contó con el trasatlántico *Habana*, construido en la Naval de Sestao, el buque de recreo *Goizeko-*

⁷ Dorothy, Lejarreta: «Basque refugee children as expatriates, political catalysts in Europe and America», en *Basque politics, a case study in ethnic nationalism*, Reno, University of Nevada, 1985, p. 176. A pesar de su situación de países que suscribieron el pacto de no intervención favorecieron esta evacuación por cuestiones humanitarias.

⁸ Jesús J. Alonso Caballés, pp. 69-74. Cf. Gregorio Arrien, pp. 38-40.

⁹ Jesús J. Alonso Caballés, p. 89.

¹⁰ Gabriel Cardona, «Operaciones militares en el País Vasco: Escuela de la Luftwaffe», *Historia Contemporánea*, núm. 35, 2007, pp. 411-425.

Izarra, cedido al Gobierno vasco por la familia De la Sota y otras embarcaciones menores como el *Ploubazlanec*, *Jacobus*, *Kenfig-Pool*, etc.¹¹.

La flota franquista situada en la zona, con los cruceros *Almirante Cervera* y *Canarias*, intentó impedir la salida de los barcos, pero la intimidatoria presencia de los barcos ingleses impidió que los *nacionales* frustraran la evacuación¹². Se formó el Comité de Evacuación, con sede en París, encabezado por el consejero de Asistencia Social del Gobierno vasco, el socialista Juan Gracia, que tenía como misión coordinar las evacuaciones. Además de la ayuda facilitada tanto por Francia como por Gran Bretaña, el gobierno de Bélgica, por cuestiones humanitarias, se avino a ayudar y a acoger a niños refugiados de Bilbao. La lista de países de acogida se abrió, en la medida en que el número de refugiados era más grande.

Así, el 22 de mayo, llegaron a Gran Bretaña 3.861 niños a Southampton, acompañados por profesoras, médicos y religiosos¹³. Otro vapor, el *Mexique*, trasladó a México a una veintena de niños vascos y otros huérfanos españoles. La idea de trasladar a más de cinco mil niños a Estados Unidos no prosperó¹⁴. Con las fuerzas franquistas a las puertas de Bilbao la situación era desesperada. El 13 de junio de 1937, se iba a disponer de una importante partida de refugiados en el *Habana*, que partió del puerto de Santurce, junto a Bilbao: unos 1.610 serían enviados a la URSS, junto a 72 profesores y educadores, dos médicos y varios auxiliares, y otros 2.900 a Francia. Con los últimos restos de mercantes y barcos de vapor de escaso tonelaje se procedió a la salida de los últimos niños evacuados a Francia. En total se logró que 20.854 niños vascos alcanzasen la seguridad de Francia (15.383), Gran Bretaña (3.861) y la URSS (1.610)¹⁵.

¹¹ Dorothy Lejarreta: *The Guernica generation: basque refugee children of the Spanish Civil War*, University of Nevada, Reno, 1984. Cf. Adrian Bell: *Only for three months: the Basque refugee children exile*, Mousehold, Norwich, Norfolk, 2007. Cf. Verónica Sierra Blas: *Palabras huérfanas: los niños y la Guerra Civil*, Taurus, Madrid, 2009. Cf. Inmaculada Colomina Limonero: *Dos patrias, tres mil destinos: vida y exilio de los niños de la guerra en España*, Cinco, Madrid, 2010. Cf. Cesar Alcalá: *Los niños del exilio (1936-1939)*, Sekotia, Madrid, 2010.

¹² Jesús J. Alonso Caballés, pp. 96-97. Cf. Peter Gretton: *El factor olvidado. La marina británica y la Guerra Civil española*, San Martín, Madrid 1984.

¹³ Gregorio Arrien, pp. 45-56.

¹⁴ Jesús J. Alonso Caballés, pp. 109-113.

¹⁵ María Encarna Nicolás: «Los niños españoles en la Unión Soviética», en *El exilio de los niños*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2003, p. 147. Jesús J. Alonso Caballés, pp. 121-120.

Los vascos no fueron los únicos niños evacuados: el Gobierno de la República adoptó también medidas para la evacuación de otros grupos infantiles, aunque en cifras menores, ya que en el cómputo global se evacuaron de España, a través de los conductos oficiales, 32.037 niños. Así, la primera expedición infantil a la URSS partió del puerto de Valencia el 21 de marzo de 1937, con 72 niños a bordo, en el barco *Cabo de Palos*¹⁶. Después de la marcha del *Habana* desde Santurce el 13 de junio, se realizó una tercera expedición desde El Musel (Gijón) el 24 de septiembre, con 1.100 niños, transportados en un carguero francés (del que no se sabe el nombre)¹⁷; y los últimos en partir lo hicieron desde Barcelona, en octubre de 1938: un total de 300 niños, algunos hijos de aviadores¹⁸. De entre todos los evacuados, los *niños de Rusia* fueron los que menos opciones tuvieron de retornar a España tras la guerra (primero por la negativa de los soviéticos y, luego, por la inexistencia de relaciones diplomáticas entre el Gobierno de Franco y la URSS). Como puede verse por los puertos de salida, en su mayoría estos niños procedían del País Vasco y de Asturias, aunque también los había, en menor medida, de Santander, Aragón, Madrid y Cataluña.

De los 3.291 niños que encontraron acogida en la URSS, hasta 1949 sólo regresaron 34, una proporción ínfima frente a los 20.266 que retornaron tras el fin de las hostilidades desde Francia, Bélgica, Gran Bretaña y los demás países de acogida¹⁹. Los *niños de Rusia* fueron, por tanto, quienes —a pesar de librarse de las consecuencias directas de la Guerra Civil y de los bombardeos sobre Vizcaya— más sufrieron las

¹⁶ Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia: *Los niños españoles evacuados a la URSS (1937)*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1989. p. 42. Su destino era Yalta, al pueblo de Artek, y llegaron el 28 de marzo de 1937. Finalmente, en agosto de ese año, fueron trasladados a la primera Casa de Niños, en Moscú.

¹⁷ *Ibidem*, p. 47. Fueron trasbordados, en Saint Nazaire, al buque soviético *Kooperasiia* hasta Londres donde, a su vez, fueron distribuidos una parte de ellos en el *Feluks Dzerzhisky*, alcanzando Leningrado el 4 de octubre de 1937.

¹⁸ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez: *Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética: de la evacuación al retorno (1937 1999)*, Fundación Francisco Largo Caballero, Madrid, 1999, p. 46. Cf. Beatriz de las Heras: «Los niños de Rusia a través de la mirada de Jaime Camino», *O Olho da história*, núm. 10, abril de 2008.

¹⁹ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez, pp. 43-44. Cf. En cuanto a las cifras difieren a las aportadas por el historiador ruso, A. Elpatievskii: *Ispanskaia emigratsia v SSSR*. [Emigración española en la URSS], Moskva [Moscú], Tver, 2002, p. 54. Certifica un total de 5.291 niños acogidos en la URSS.

consecuencias de una decisión *política* que iba a marcar el resto de sus vidas²⁰.

Los niños de Rusia (2001), de Jaime Camino²¹, es precisamente un intento de recuperar la memoria de ese éxodo infantil que, a diferencia de la acogida en otros países, permaneció más tiempo en una sociedad extraña. Su mirada nostálgica y emotiva constituye una suerte de historia oral —en realidad, de historia filmada—, que nos permite estudiar no sólo los testimonios como fuente histórica, sino la propia película como un *contraanálisis*²² de la historia tradicional de las evacuaciones infantiles a Rusia.

3. El bombardeo de Guernica y las consecuencias de la guerra

La apertura del documento arranca con las imágenes del Guernica de Picasso y la voz de Araceli Sánchez, una de las niñas evacuadas a Rusia. La referencia simbólica del cuadro sintetiza, sin necesidad de explicaciones, la propia brutalidad de la guerra. El bombardeo puede tener distintas interpretaciones históricas²³ pero sólo una irrumpe con fuerza en las primeras escenas: encarna el efecto demoledor que va a ocasionar la guerra,

²⁰ Aparte de los niños enviados desde los puertos del litoral cantábrico, que son los protagonistas del documental, se establecieron en la URSS varios grupos de inmigrantes españoles adultos. Así, había 119 aviadores republicanos en formación que fueron sorprendidos por el final de la guerra, 274 marineros de mercantes y unos 2.000 refugiados políticos procedentes de distintos lugares de España. Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, pp. 40-41.

²¹ Ficha técnica. 2001. España. Dirigida por Jaime Camino. Productor: Jaime Camino. Asesora histórica: Dolores Cabrera, idea de Román Gubert. Guión: Jaime Camino. Fotografía: M. Ardanaz. A. Olmo y R. Solís. Montaje: Nuria Ezquerra. Música: Albert Guinovart y Lluís Claret. Género: Documental. Productora: Tibidabo Films, S.A. Formato: 35 mm. Duración: 94 minutos. Goya (2001) mejor documental. Espectadores: 21.388 espectadores.

²² Siguiendo la línea marcada por Marc Ferro: *Historia contemporánea y cine*, Ariel Historia, Barcelona, 1995. Cf. Michele Lagny: *Cine e Historia*, Barcelona, Bosch, 1997. Cf. Robert A. Rosenstone: *El pasado en imágenes*, Ariel Historia, Barcelona, 1997. Cf. Ángel Luis Hueso: *El cine y el siglo xx*, Ariel Historia, Barcelona, 1998. Cf. Sergio Alegre: *El cine cambia la historia. Las imágenes de la División Azul*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1994. Cf. Magí Crusells: *Las Brigadas Internacionales en la pantalla*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2001. Cf. Gloria Camarero (ed.): *La mirada que habla (cine e ideologías)*, Akal / Comunicación, Madrid, 2002.

²³ Ludger Mees: «Guernica/Gernika como símbolo», en *Historia Contemporánea*, 2007, núm. 35, pp. 529-557.

en general, pero sobre todo su impacto directo sobre la población civil. Escuchamos el testimonio de Araceli:

Cuando empezó la guerra toda mi familia se fue a defender la República porque los fascistas lo primero que atacaron fue a Euskadi, porque claro era el punto fundamental que había que liquidar, ¿no? Y entonces fue cuando bombardearon Gernika. Fue la masacre más grande y más canallesca en un domingo de, de, de... venta de las aldeanas, con los niños, con las mujeres que salían siempre el domingo que era como fiesta porque iban a hacer las compras y tal. Y machacaron a cientos y cientos de niños... Bueno ya ves el cuadro de Guernica.

En el montaje se nos introduce a continuación imágenes de El Arenal de Bilbao, con la gente corriente presa del pánico que corre a buscar refugio, mezcladas con otras de un bombardero alemán lanzando su carga de bombas que, se puede apreciar, no son de la Legión Cóndor (llevan los emblemas de la Luftwaffe), aparte de otras imágenes en blanco y negro de la población civil asustada, que nos codifica las improntas de un tipo de guerra diferenciada que algunos autores han denominado *la Guerra Total*²⁴. Se trataba del primer bombardeo sistemático de núcleos urbanos, cuyo objetivo es desmoralizar y aterrorizar a la población civil.

El mismo cuadro de Guernica es un referente para ella pues, como señala Halbwachs, «en el desarrollo de la memoria colectiva, no hay líneas de separación claramente trazadas, como en la historia»²⁵. De ahí que haya una mezcla de recursos emocionales e intelectuales, no siempre fiables, en ese punto de la exactitud de la historia, en contraste con el testimonio de Araceli²⁶.

El bombardeo se produjo un lunes, 27 de abril, no un domingo, no se sabe si la gente acudió con normalidad al mercado, pero se sospecha que no, porque la situación de la guerra lo impediría y no hubo tampoco mi-

²⁴ Ian, Patterson: *Guernica y la Guerra Total*, Turner, Madrid, 2008.

²⁵ Maurice Halbwachs: *La memoria colectiva*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, p. 83.

²⁶ Santiago de Pablo: «La imagen del bombardeo de Guernica y el nacionalismo vasco», *Archivos de la Filmoteca*, núm. 64-65, 2010, pp. 83-103. Y otros aspectos muy similares se recogen en este artículo sobre el modo en el que la memoria recoge o bien conserva «a su manera» los hechos de ese pasado.

les de muertos (no hay cifras exactas)²⁷. Pero sí sintetiza el efecto que causó el bombardeo en la memoria de toda esta generación y ahí reside la relevancia del testimonio oral. Escribe el historiador alemán Rolf-Dieter Müller: «No cabe ninguna duda de que, por sus efectos, el bombardeo de Gernika adquirió la dimensión de un bombardeo de terror»²⁸. Fue su efecto, además de los bombardeos contra la villa de Bilbao a principios de enero de 1937, lo que conmocionó a miles de familias y lo que motivó al Gobierno vasco a disponer de un plan de evacuación infantil²⁹.

El trauma causado por las bombas se refleja en muchos otros testimonios.

Los hermanos Vega, Francisco y Ernesto, estuvieron en Albacete y, más tarde, en Barcelona, y no se les olvida lo que sintieron. Tampoco Mariano Polo, cuando vivía en Sestao, se olvida del efecto demoledor de los bombardeos. Y se intercalan imágenes de época de Bilbao y otros lugares en los que vemos a la gente corriendo o desconcertada ante las alarmas aéreas. Las primeras evacuaciones fueron a Francia (y, luego, a otros países), si bien, la que nos ocupa aquí es la concerniente a la URSS que es en la que nos centraremos.

Araceli nos relata, después, con viveza, tras estos acontecimientos (origen de la decisión de las familias) como fue ella la que convenció a su madre para enviarlos fuera, hacia ese «*paraíso terrenal*» como era considerada la Unión Soviética. Para algunos significó todo un trauma la separación de sus respectivas familias pero, también, otros lo vieron «como una aventura»³⁰. A fin de cuentas, existió una activa propaganda que vendió la idea de que serían acogidos en un lugar en el que se librarían de los rigores de la guerra. Francisco Vega nos dice que su padre no concebía otro sitio para mandarlos que no fuese la URSS. Lo que refuerza esa convicción de que algunos familiares de quienes acabaron allí tenían simpatías comunistas. A fin de cuentas, la URSS no era cualquier país. Se en-

²⁷ María José Cava Mesa: *Memoria colectiva del bombardeo de Gernika*, Bakeaz, Bilbao, 1996, pp. 83-84.

²⁸ Rolf-Dieter Müller: *La muerte caía del cielo*, Destino, Barcelona, 2004, p. 55.

²⁹ Beatriz de las Heras: «Los niños de Rusia a través de la mirada de Jaime Camino», *O Olho da história*, núm. 10, abril de 2008. Apunta cuatro causas para adoptar esta decisión: los bombardeos, posible desamparo infantil, desnutrición y enfermedades, sustitución del concepto de *hogar* por el de *refugio*, al movilizarse activamente las mujeres en su contribución al esfuerzo bélico.

³⁰ María Encarna Nicolás: «La integración de los niños y jóvenes en la emigración de la Guerra Civil», en *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 19, 2003, p. 60.

contraba muy lejos y con un régimen político revolucionario que no era del agrado de todos. Otros, sin embargo, lo vieron como una oportunidad.

Con pesar, Adelina Álvarez (evacuada con 12 años) revela un sentimiento que comparten algunos de ellos: «No tuve infancia porque no sólo porque no me daban cariño sino porque yo era la que me quedaba en casa cuidando a mis hermanos. Había que lavar, había que eso, a veces lloraban porque no sabía qué darles de comer. No había nada en casa. Nunca fui a la escuela. Entonces, pues, mi vida era una miseria. Y no sé que hubiera sido de mí. Por eso digo, que para mí, el haber ido a la Unión Soviética fue una bendición. Fue mi salvación».

Esa misma idea se recoge en el testimonio de Araceli que, tras la evacuación de sus hermanos, aclara cómo se habían conseguido los permisos para la evacuación a la URSS. Ella dudó pero su madre le dijo: «Vete porque allí serás algo». No hay duda de que la URSS se veía como una tierra de oportunidad entre tanta miseria y guerra. La idea de que la URSS era una tierra de esperanzas y oportunidades se extiende al testimonio de Adelina Álvarez, que juzga su marcha como su «salvación» porque su vida había sido hasta entonces miserable.

Una vez organizada la evacuación, los testimonios recuerdan con mucha viveza el momento de las despedidas. Araceli cita las palabras exactas de su madre en el puerto de Santurce poco antes de ser embarcados sus hermanos (que iban con destino a Inglaterra): «No llores, por favor, que vean ellos que estamos riéndonos». Pero en el momento crítico, en el que subieron al barco, su madre «se cayó al suelo», declara, «griñando como una descosida».

Otra de las entrevistadas, Piedad Vega, comenta la impresión generalizada existente de creer que «volverían enseguida». Si bien, lejos estaba de ser así.

Esperanza Rodríguez es la única acompañante adulta de la que se recoge su testimonio. Con un mismo tono ingenuo y sencillo valora su decisión de acompañar a los niños a la URSS: «eran jóvenes» y «sin experiencia de vida», subraya.

El viaje era para ella una aventura vital, un sueño romántico en un tiempo de violencia.

El hecho de valorar la URSS como un lugar maravilloso para ser evacuados no fue casual, puesto que, como señala Magdalena Garrido, la Asociación de Amigos de la Unión Soviética propagó, previamente, una imagen positiva de «una atención a la infancia brindada por las instituciones soviéticas» que hallaron el camino hacia su marcha, al publicitar la

idea de que allí se librarían de los horrores que «comporta toda guerra»³¹. Aunque es cierto que participara el Gobierno vasco en esta evacuación, fue el Partido Comunista de Euskadi el artífice de la expedición, que contaba con una firme militancia en Vizcaya, en las zonas mineras e industriales³².

No hay duda de que el efecto traumático del bombardeo de Gernika espoleó la política de evacuaciones infantiles dirigida por el Gobierno vasco del lehendakari José Antonio Aguirre, principalmente, a través del Departamento de Asistencia Social³³. Y como se recoge en estos testimonios «los padres de los niños que fueron evacuados al extranjero tenían en su mayoría una militancia y compromisos políticos activos y luchaban en el frente en las filas republicanas»³⁴. No en todo los casos, por supuesto. Del mismo modo que tampoco fue casual la elección del destino de la URSS, habiendo una adscripción previa a las ideas comunistas de muchos de sus familiares adultos. Puesto que, a fin de cuentas, este país era el más lejano y desconocido, y sólo aquellos con una imagen positiva del país de los proletarios estarían convencidos de enviar allí a sus hijos. Hay recuerdos e imágenes que permanecen imborrables en la memoria y, en este caso, los testimonios seleccionados para el documental nos dan fe de ello.

La Guerra Civil alcanzó unas dimensiones que eran difíciles de calibrar y de calificar. En primer lugar, el efecto de los bombardeos asustó a las familias y, rápidamente, se buscó una manera de evitar que los niños sufrieran esta hecatombe. En segundo lugar, nunca se había vivido un proceso semejante de confrontación civil y, por ello, la percepción temporal de los propios acontecimientos hacía que fueran valorados con arrojado optimismo, que pronto acabaría la contienda. Sin embargo todos los pronósticos fallaron. Ni los niños escaparon, realmente, del efecto sobrecogedor de la guerra, ya que la sufrieron con su exilio y con su participación en una confrontación aún más brutal, ni tampoco de las consecuencias de la ruptura con sus lazos familiares.

En el puerto de Santurce se embarcaron, en el *Habana*, 4.500 niños rumbo al puerto francés de Burdeos. 1.495 de ellos serían trasbordados al

³¹ Magdalena Garrido Caballero: «Los niños de la guerra civil española en la propaganda de los Amigos de la Unión Soviética», en *Actas del Congreso Internacional de la Guerra Civil española 1936-1939*, Madrid, 2006, pp. 1-21.

³² Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger González, p. 49.

³³ *Ibidem*, p. 32.

³⁴ *Ibidem*, p. 34.

buque Sontay³⁵, cuya tripulación era china, para dirigirse a la ciudad de Leningrado, su destino final. Entre estos niños iban 72 profesores, educadores y auxiliares, así como dos médicos³⁶.

Mariano Polo, desde su punto de vista de niño, creía que en la explanada se encontraba «todo Santurce», porque nunca había visto tanta gente reunida. Francisco Vega, con su corta edad de entonces, rememora que sentía la honda pena de abandonar a sus padres y, «sin embargo, la alegría de marcharte de las bombas, del miedo que se pasó y, sobre todo, del hambre que habíamos pasao. Yo creo que de alguna manera, también nos compensaba». Adelina, también, comenta que se fue feliz, aunque «otras lloraban». En cambio, Alberto Fernández afirma que no comprendía por qué tenía que separarse de su madre.

Las palabras de Vicente Delgado son, sin duda, las más impactantes y simbólicas para referirse a la sensación que se produjo en el instante en el que el *Habana* se separó del puerto, «el primer lloro general universal». No era sencillo. Eran niños que por razones tan especiales debían abandonar a sus familias y adentrarse en lo desconocido, con la única esperanza de que allí serían bien atendidos y de que sus vidas serían preservadas de los rigores de una guerra que se tornaba dura, brutal y desesperada. Las imágenes de la época, que se conservan en el puerto de Santurce, demuestran estos testimonios. Y el montaje y el hondo sentir en la voz de los protagonistas nos revelan, la fuerza de la imagen a la hora de reconstruir el valor de estos hechos.

Las madres y los padres besando a sus hijos que se hallaban a escasos momentos de embarcarse tanto en el *La Habana* como en otros barcos. Si bien, el *La Habana* ha acabado por simbolizar todos los barcos que actuaron en esta evacuación. Rostros llorosos, y estoicos a la vez, de esos niños obligados a madurar. El contraste entre esos rostros de la época y los ancianos que expresan su vivencia funde en dos instantes una misma realidad creando un efecto sumamente conmovedor. Sin duda, el montaje desgrana, con los diversos testimonios, ese amplio fresco de emociones que aún perduran en su memoria. Su valor reside en ese cruce de declaraciones en las que para unos fue embarcarse en una aventura (que no había hecho más que empezar) y para otros significó el traumático efecto de la ruptura familiar. Las imágenes de la

³⁵ Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, p. 42.

³⁶ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez, p. 50.

época en la que les vemos embarcar perfila la autenticidad de este relato en vivo.

Al oscurecer comenzó la identificación de los niños con las listas de inscritos y se les fue entregando una tarjeta personal que se prendía a la ropa. El recuento terminó a las cinco de la madrugada y el barco zarpó poco después para Burdeos³⁷.

El hambre, para aquellos niños, era referencial, y ninguno lo olvida. Así que, a su llegada a Burdeos, hablan sobre el impacto que les produjo que les diesen de comer. Un trozo de paz y chocolate era para ellos un mundo y hasta una de ellas comenta como, tras recibir ambas cosas, quería quedarse allí por la comida. Si bien, ella debía continuar hasta Rusia en el *Sontay*. El contraste de la vida entre ambos barcos era evidente. Esperanza habla de las ratas que «eran como gatos», en un símil sumamente elocuente. Nadie olvida que la tripulación del *Sontay* estaba compuesta por asiáticos, aunque no sabían con certeza si eran chinos (lo eran) o ya vietnamitas y que como ninguno entendía el idioma del otro no se podían comunicar, salvo por señas, para pedirles de comer. Poco antes de su llegada a Rusia recibieron la noticia de la caída de Bilbao.

Josefina Iturrarán (evacuada con 12 años), con sus palabras, sintetiza como nadie la angustia que recorrió a los niños cuando recibieron la noticia de la caída de Bilbao: «Y yo creo que lo más terrible de mi vida ha sido oír gritos y ver llorar a miles de niños cuando llegó la noticia».

Así que aquellos que viajaron con los niños a Leningrado con vistas sólo a acompañarlos y regresar, se acabaron quedando en la URSS³⁸. Por una parte, ellos se encontraban a salvo, recibidos con una fiesta como héroes en el puerto de Leningrado, por otra, no podían evitar saber que se encontraban a cientos de kilómetros de sus hogares sin saber cuál era el destino de sus padres ni el futuro que les aguardaba a ninguno de ellos en una tierra que les recibía calurosamente, pero no dejaba de ser extraña. Pero «lo cierto es que los niños atravesaron por una situación de angustia latente que en muchos casos se prolongó para el resto de sus vidas, pues desconocían qué les había sucedido a sus familiares»³⁹.

³⁷ Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, p. 42.

³⁸ Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, p. 43.

³⁹ Magdalena Garrido Caballero, p. 9.

Toda esta primera parte del documental está influida por ciertas referencias vascas, ya que tanto el Guernica de Picasso, por su valor referencial de la villa guerniquesa, como por las propias imágenes de Santurce, parecen revelar esa primacía. Sin embargo, los niños vascos, una mayoría, una vez en la URSS, serán etiquetados como españoles aunque, en el filme, Esperanza conserve palabras en euskera. Sin duda, esto quedaría explicado por el análisis que realiza Mikel Aizpuru sobre la idea poco definida que tenían los soviéticos sobre la guerra en el Frente Norte, no distinguiendo a los vascos de los españoles, aparte de otros problemas de fondo sobre las distintas visiones políticas del desarrollo de la guerra⁴⁰. En general, los mismos niños de Rusia se denominan niños españoles, no distinguiéndose por identidades culturales regionales.

4. Recibimiento y una nueva vida en la URSS

Otro de los momentos singulares que recoge con profunda emoción fue el instante en el que llegaron al puerto de Leningrado y el cariñoso recibimiento que apreciaron del pueblo soviético, tras sus vicisitudes en el mar. Intercaladas a sus relatos vemos imágenes de época de un documental soviético en el que aparecen los niños en la cubierta del Sontay con el puño en alto, y a los pioneros y a la población de la ciudad recibiendo a los niños en el puerto.

Sin duda, el hecho de que los soviéticos dedicasen varios metros de película a recoger este acto señala el interés que tenían en acoger a los niños de la guerra como muestra de solidaridad internacional. Un grupo de niños y niñas pioneros se acerca a recibir a los niños republicanos. Se les ve bajar por la rampa, despistados y azorados.

Araceli, con una sonrisa en los labios, recuerda con viveza: «Cuando ya llegamos a la bahía de Leningrado oíamos unos ruidos, unos pitidos, unos chillidos, unos cánticos». Aquello le causó una fuerte impresión. Los recuerdos, como se puede apreciar, están llenos de imágenes, de sensaciones y sonidos que se recrean como fotogramas de una misma película que no olvidan. Puede que no sean exactos pero sí contienen esa dosis de

⁴⁰ Mikel Aizpuru: «Entre cuestión nacional vasca y chovinismo en la Guerra Civil. Algunos testimonios sobre la visión soviética en torno a Euskadi», *Revista Sancho el Sabio*, núm. 30. Vitoria-Gazteiz, 2009, pp. 81-96.

emoción que les dota de un valor muy especial y singular, único en el testimonio oral que ofrecen sobre esa experiencia vivida.

Para Francisco el «recibimiento fue impresionante», y tiene su explicación porque «para los rusos siempre fuimos los niños de la heroica España republicana». Josefina Iturrarán afirma que les recibieron con «tanto cariño...». A su llegada, aparte de la calurosa acogida, Josefina recuerda, además, que les preguntaban por la «familia», que es en ruso apellido, y con orgullo ella afirma que todos contestaban: «Bilbao». Para muchos de ellos, los procedentes de Bilbao, era una forma de identidad. Las condiciones del viaje fueron duras. Y así, «nada más llegar los niños a la Unión Soviética», indica Alicia Alted, «se les bañaba, pasaban una revisión médica, les vestían con ropa nueva y los alojaban en unos hoteles»⁴¹, hasta que eran trasladados a las Casas de Niños. Araceli, con su tono rotundo, lo explica con una descripción muy sentida: «caras de hambre, de piojosos, de sucios. ¡Terrible! porque fíjate qué viaje habíamos hecho. Y, claro, inmediatamente que llegamos a Leningrado había ya un ejército de médicos, de enfermeras, de ayudantes, de mujeres. El 80% de los chicos iban llenos de piojos, de pulgas, de todo, de porquería, hasta las narices».

Unas imágenes de época, cómo eran revisados por médicos soviéticos nos ilustran y confirman la veracidad de tales impresiones. Su mayor sorpresa, para consternación de las niñas, en algunos casos, fue que tuvieron que bañarse chicos y chicas desnudos al mismo tiempo.

Finalmente, tras recibir el alta médica, fueron distribuidos por las Casas de Niños (*dietsky dom*)⁴², que las autoridades soviéticas habían acondicionado para acogerlos. Las Casas fueron numeradas según iban llegando y completándose, hasta once se abrieron en la actual Federación Rusa y cinco en Ucrania. En general se permitía que los hermanos estuviesen juntos, puesto que en muchos casos hicieron de «padres»⁴³. Luís Fuenturbel recuerda cómo echaban de menos a sus padres «y llorábamos». A pesar de estar en un entorno privilegiado, todos ellos añoraban y sentían nostalgia de sus familias. Hubo incluso casos graves de indisci-

⁴¹ Alicia Alted Vigil: «El exilio español en la Unión Soviética», *Ayer*, núm. 47, 2002, p. 145.

⁴² Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, p. 50. Dos en Moscú y cinco en la región (Obniskoie, Yasnaha, Poliana, Tarasovka, Pravda y Krasnovidovo), con la mayoría de asturianos; cuatro en Leningrado, cinco en Ucrania, dos en Odessa (Semasco y Kirok), con mayoría de niños vascos y las otras tres en Jerson, Harkov y Kiev.

⁴³ María Encarna Nicolás, p. 147.

plina y rebeldía, motivados, en ocasiones, por el choque cultural y el sistema educativo soviético⁴⁴.

Pero tuvieron que adaptarse a esta nueva realidad y madurar en ella.

Las Casas de Niños adoptaron el sistema de enseñanza soviético dividido en diez cursos. Varias escenas de época nos ilustran sobre las rutinas que seguían en las Casas, pero cuidaban que la educación de los niños fuera «todo en español. Y el ruso como asignatura», nos indica Alberto. Aunque practicaron también disciplinas características soviéticas pero se les educaba básicamente «como españoles»⁴⁵. Sobre todo, se hizo un esfuerzo considerable en traducir textos de la literatura española. Contaban con el personal docente que había venido con ellos en la evacuación y con profesores soviéticos que les educaban, a su vez, en lengua rusa.

El Comisariado del Pueblo para la Instrucción Pública (Narkompros) se hizo cargo de la educación en las Casas aunque, a partir de 1939, cualquier medida que afectara a los niños era acordada previamente con José Díez, Dolores Ibárruri, Enrique Líster o Jesús Hernández⁴⁶. Esperanza confirma que los niños «estudiaban muy bien, con mucha disciplina», puesto que el nivel educativo que recibieron, en general, era más que aceptable (hemos de pensar que muchos de ellos no habrían podido cursar estudios en España). Se les facilitaba el acceso a instrumentos musicales, se organizaron orquestas, como se ve en las imágenes insertas en el documental.

Tenían, incluso, acceso a microscopios, a sanatorios con alimentación especial, aunque el sabor del caviar nunca les gustó, para consternación del personal soviético, y, en ocasiones, realizaban salidas a Casas de científicos, escritores y artistas⁴⁷. «Estudiar y nada más, y jugar», así es como recuerda Ernesto su vida de estudiante en estos años: «No había otra cosa. Como hicieras algo malo te castigaban sin cine. Eso era lo peor que te podía ocurrir». Tampoco se acomodaron bien al régimen alimenticio con sabores nuevos a los que no estaban acostumbrados.

⁴⁴ Magdalena Garrido Caballero, p. 14.

⁴⁵ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez, p. 97. No había diferencias entre niños euskaldunes y españoles. Cf. Norberto Ibáñez Ortega: «La experiencia educativa y cultural de los niños vascos evacuados a la URSS», en *Sesenta años después. La cultura del exilio vasco*, t. 1, Saturrarán, San Sebastián, 2000, p. 214.

⁴⁶ María Encarna Nicolás, p. 148.

⁴⁷ Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, p. 97.

Por eso, Esperanza se refiere a que había días que ponían la «comida de Cervantes», como alubias, lentejas o bacalao para complacerlos. Claro que no todo era un bálsamo de felicidad. Josefina relata lo mucho que sufría por ser creyente en un país de ateos. Pero había otros niños como Mariano, que era feliz cuidando a las palomas.

El nivel educativo era aceptable como se ve en las imágenes de la época⁴⁸. Se organizaban, de ese modo, los llamados *círculos*, en los que se recogían los gustos de los niños, se crearon pequeñas orquestas, dirigidas por directores de prestigio soviéticos como Piedkievich; un círculo de danzas con bailes españoles o vascos como la *ezpatadanza* o las jotas, conservando sus distintivos rasgos culturales regionales⁴⁹. Obviamente, había un manifiesto interés por mostrar el progreso y los avances de la educación soviética a nivel propagandístico, sin que ello evite considerar que había criterios innovadores con un enfoque pedagógico evidente, no sólo como instrumento ideológico. A partir de ahí, se fueron adaptando a la educación que se dividía en diez cursos hasta la Enseñanza Superior. Además, como señala Ibáñez, en este compromiso, una de las primeras preocupaciones de las autoridades soviéticas fue recuperar la salud de los niños, ya que muchos padecían tuberculosis, y fueron enviados a las colonias del Mar Negro⁵⁰.

Sin embargo, no todo era positivo como hemos señalado antes y es algo que no puede recogerse desde la historia oral, creando una imagen idealizadora de sus vivencias. El régimen de Stalin era suspicaz y controlador e hizo un férreo seguimiento de los docentes españoles. Claro que no era algo que pudieron ver ni valorar los niños y niñas; ni la insatisfactoria financiación de las Casas que solventaban sus problemas gracias, curiosamente, a las aportaciones de los padrinos del Ejército Rojo, oficiales y regimientos que apadrinaban a los niños⁵¹.

A partir de 1940, se crearon dos Casas de Jóvenes en Moscú y Leningrado para que los mayores pudieran continuar con sus estudios superiores⁵². Pero, por desgracia, en estas fechas los niños se encontraban a escasos meses de sufrir en sus propias carnes la irrupción de la Segunda Gue-

⁴⁸ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger González, p. 97.

⁴⁹ Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, p. 57.

⁵⁰ Norberto Ibáñez Ortega, p. 215. Cf. Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, p. 53.

⁵¹ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger González, pp. 108-115

⁵² Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez, p. 100. Cf. Norberto Ibáñez Ortega, p.216. Cf. Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, p. 65.

rra Mundial en su universo privilegiado. La visita de la selección vasca de Euskadi fue todo un acontecimiento para los niños vascos. Habían venido a jugar un amistoso, en un periplo que les había llevado a recorrer varios países, y Esperanza cuenta como fueron a ver el partido.

Araceli recuerda que «vibraban» al ver a los miembros del equipo (formado en su mayoría por jugadores del Athletic). Hasta que por los megáfonos, Molotov, el ministro de Asuntos Exteriores, les anunció la invasión del país por parte de las «hordas fascistas».

Acababa de dar comienzo, el 22 de junio de 1941, la Operación Barbarroja⁵³.

Sin embargo, habría que apuntar que la selección de Euzkadi fue de visita en junio de 1937⁵⁴, en su gira internacional, no en 1941, lo cual nos indica que hay una superposición de recuerdos. Mostrándonos cómo la memoria construye su propio relato histórico, de ahí que hay que juzgarlo siempre con sus debidas reservas (como con cualquier documento), destacando aspectos de la realidad y los hitos que marcaron sus vidas, aunque no contengan una veracidad exacta. Son esos aspectos de la fragilidad propia de la memoria, si bien no lo invalida como fuente, por ello.

Hitler había dado luz verde a su sueño de atacar a la URSS y conformar así su anhelado Tercer Reich de los mil años. Por supuesto, la guerra hizo que la suerte de los niños cambiase totalmente. Ya no podían huir de la guerra ni de sus efectos. Los raudos éxitos militares de la Wehrmacht derivaron en que las Casas de Niños tuviesen que ser evacuadas de forma precipitada hacia el interior de la URSS, padeciendo sus consecuencias. De nuevo, relatos de vida e imágenes de época revelan esa simbiosis emotiva entre pasado y realidad.

5. Una nueva guerra sigue sus pasos: la Segunda Guerra Mundial

El empuje alemán fue, durante los primeros meses de 1941, incontestable. Se nos muestran imágenes de los panzer atravesando la URSS.

⁵³ Álvaro Lozano: *Operación Barbarroja*, inédita, Madrid, 2006, pp. 21-82. Cf. Chris Bellamy: *Guerra Absoluta*, Ediciones B, Barcelona, 2011, pp. 33-75.

⁵⁴ Fernando Estomba Etxepare: «El equipo Euzkadi: del mito político a la realidad histórica (1937-1939)», *Historia Contemporánea*, núm. 35, 2007, pp. 791-816. Cf. Santiago de Pablo: *Tierra sin paz. Guerra Civil, cine y propaganda en el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006, pp. 286-287. Analiza un reportaje cinematográfico soviético sobre uno de estos encuentros de fútbol celebrados en la Unión Soviética, en los que participó la selección vasca.

Cabañas arrasadas, la población civil huyendo, el mismo pavor se muestra con las improntas de los bombardeos que recuerdan a lo sucedido en Gernika. Todas las Casas de Niños se vieron amenazadas, así que las autoridades se encontraron en la necesidad de trasladar a los niños a la República alemana del Volga (cuyos habitantes de origen germano, por temor a la quinta columna, acabaron en Siberia), entre Stalingrado y Sarátov, y las ciudades de Ufá (Bashkiri), hasta la lejana Samarcanda y Tashkent, en Uzbekistán por ferrocarril, muriendo, en algunos casos, en el transcurso del penoso viaje. Otros acabaron en Tbilisi (Georgia), en el sur del Cáucaso⁵⁵. Los niños recuerdan sus sentimientos y sus reacciones tras conocer la noticia. Vicente señala que su primera decisión fue la de presentarse como voluntario para luchar en el frente. Otros niños siguieron su ejemplo, sin embargo, las autoridades no lo permitieron, de momento, y en algunas Casas tuvieron hasta que colocar «guardias para que no se escaparan al frente»⁵⁶. Adelina, en cambio, creía en la propaganda y pensó que en pocos meses se derrotaría al odiado invasor. Pero no hay duda de que la situación cambió para todos ellos de una forma drástica. Josefina rememora esas semanas: «Cerraron el comedor, desaparecieron los educadores, yo no sé cómo pasamos esos meses en Moscú, no sé cómo pudimos sobrevivir. Yo no me acuerdo bien porque... empezaron los bombardeos, la mayor parte de las bombas, eran, como se dice, incendiarias». De nuevo, tenían que enfrentarse a la crueldad e incertidumbre de otra contienda.

El traslado al interior de la URSS fue otra experiencia terrible. Piedad confiesa que «nunca vi la muerte tan de cerca». Las condiciones de vida empeoraron de forma ostensible para ellos. Los termómetros marcaban entre los 35.º o 40.º bajo cero, eran los rigores de uno de los inviernos más crudos, temperaturas a las que no estaban nada preparados. Pasaron hambre. Si bien, comenta Ernesto que a pesar de todo «jamás nos dejaron sin escuela, nunca». Para los educadores era una obligación que continuasen sus estudios confiados en el papel que iban a desempeñar en el futuro⁵⁷. No todas las Casas fueron evacuadas, ese fue el caso de las dos que había en Leningrado.

⁵⁵ Norberto Ibáñez Ortega, p. 221. Cf. Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez, p. 140.

⁵⁶ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez, p. 134. Fueron 163 españoles los que dieron su vida por la URSS durante la Segunda Guerra Mundial.

⁵⁷ María Encarna Nicolás, p. 152.

El sitio de la ciudad de Leningrado fue de los más terroríficos que vivió la población civil soviética durante la guerra (las cifras no son exactas pero murieron, seguramente, más de 600.000 habitantes). Tanto es así que hasta la propia propaganda del régimen evitó hacer mención a ello porque Stalin se negó a reconocer la gravedad de lo sucedido y prefirió hablar del heroísmo de la defensa de la ciudad que de su sufrimiento. Setenta españoles fueron los que murieron en el sitio de la ciudad, de los que cuarenta y seis eran niños o jóvenes⁵⁸.

Leoncio Casas fue uno de los que sobrevivió al largo sitio de la ciudad, uno de los hechos más duros que jamás experimentó el pueblo soviético durante los novecientos días de asedio. La situación fue espantosa y no digamos de las condiciones alimentarias de la población; «la comida era muy mala, muy escasa», afirma Leoncio. Se dieron bastantes casos de canibalismo⁵⁹.

El resto de los niños fueron trasladados en vagones de ganado. Salieron, algunos de ellos de Moscú, según nos refiere Josefina, en pleno invierno sin apenas ropa de abrigo, en dirección a Samarcanda. Un viaje que, según afirma, duró 38 días. Y habla de la muestra de solidaridad de los más mayores que eran los que se encargaban de alimentar a los de menos edad, a modo de cabezas de familia. Araceli, también, evoca el «hambre» y el «frío», y como «los bombardean por el camino». Alberto, gráficamente, explica que pasaron más hambre que «el perro de un volatiner». Por fin, tras este viaje horrendo a sus desconocidos lugares de destino alcanzaron sus nuevos emplazamientos y, allí, hubieron de trabajar duro para poder sobrevivir a los rigores.

Tal y como concluye Michael Jones «nunca comprenderemos por completo el horror del asedio de Leningrado, ni cómo sus habitantes encontraron la voluntad de sobrevivir»⁶⁰.

Josefina fue, por otro lado, destinada a un koljov en donde la «tierra era muy dura». Y se resigna sabiendo que era la guerra y, por eso, debían soportar con estoicismo las privaciones y el agreste trabajo. Pilar Macrina rememora otros detalles de como tenían todo un estilo para ma-

⁵⁸ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger González, p. 137. En la ciudad se encontraban las Casas núm. 8 de Niños y la núm. 9 para Jóvenes.

⁵⁹ Michael Jones: *El sitio de Leningrado 1941-1944*, Crítica, Barcelona, 2008, p. 222. Cf. Chris Bellamy, p. 445. Unos 400.000 niños quedaron atrapados en la ciudad y de ellos 15.000 recibieron medallas por su participación en la lucha.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 326.

tar a los gatos del vecindario con los que poder alimentarse. De hecho, conformaron auténticas bandas para robar tanto ropas como alimentos⁶¹. A Alberto, en cambio, le tocó trabajar en una fábrica de tanques, «y las pasamos canutas. A finales de mes trabajábamos 18 a 20 horas». Eran, en realidad, turnos de doce horas, sin embargo, el efecto es el mismo para quien lo vive y recuerda, la impresión de que eran jornadas maratónicas que no acababan nunca⁶². No hay duda de que por encima del valor del testimonio está la expresión emotiva de estas impresiones, cortas, precisas y terriblemente vivas, mostrando así ese otro rostro de la Historia.

Los que fueron trasladados a Stalingrado vivieron de cerca de nuevo otra descarnada situación de angustia y sufrimiento. Fue el punto crítico de la Segunda Guerra Mundial⁶³. «Cuando empezó la ofensiva alemana, tuvimos que evacuar, salir de Stalingrado, allí quedaron algunos de mis compañeros y uno de los educadores, yo diría que más querido por todos nosotros», explica con voz queda Antonio Fernández como si estuviese reviviéndolo. Pilar cuenta que se quedó muy sorprendida por la actitud del pueblo soviético cuando les evacuaban a ellos antes que a sus propios hijos. De ahí que no nos sorprenda el enorme agradecimiento que les embargaba.

Cuando las tornas cambiaron y los alemanes fueron derrotados en Stalingrado, Kursk o Bielorrusia⁶⁴, retrocediendo hacia la frontera alemana, algunos de los niños regresaron a Moscú, en 1944. Pero salvo algunas Casas que habían sobrevivido a la contienda, la mayoría habían sido destruidas. Las experiencias de los niños son distintas. Mientras Ernesto retornó a la Casa número 1, donde afirma que tenían espacio de sobra, Josefina se vio forzada a malvivir donde podía. Si bien, «seguía estudiando», mientras dormía en estaciones. Piedad recuerda una noche en la que, acostada junto a su hermana, vino en camión la directora de la residencia para anunciarles el fin de la guerra. «Tú te imaginas» dice con una alegría en el rostro... Unas imágenes en blanco y negro de la Plaza Roja de Moscú nos muestran el momento feliz de la sociedad soviética a la hora de celebrar la victoria. Por fin la paz, donde «la moral de la población superviviente era

⁶¹ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez, p. 147.

⁶² Norberto Ibáñez Ortega, p. 221.

⁶³ Anthony Beevor: *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 367-388.

⁶⁴ Alexander Werht: *Rusia en la guerra 1941-1945*, Tomo 2, Grijalbo, Barcelona, 1968, pp. 620-780.

muy alta y sentía esa victoria como algo propio»⁶⁵, aunque fuese Stalin el que acapararía el triunfo en la dirección de la guerra⁶⁶. Pero la victoria no supuso su inmediato retorno a España.

El régimen de Franco no iba a ver sus días contados por la victoria aliada. Y con el inicio de la Guerra Fría, Stalin no iba a permitir que los hijos de la República acabasen en un país que seguía considerando fascista. Los niños siguieron ostentando una situación privilegiada en la URSS, pudiendo disfrutar de estudios superiores porque se les formaba para convertirse en la «futura élite destinada a dirigir el país tras su retorno a España»⁶⁷.

Ernesto confiesa que no puede reprochar nada a Stalin, a pesar de sus crímenes. No es de la misma opinión Alberto, que afirma que nada justifica los «métodos feroces» del régimen. Piedad, por el contrario, se emociona al expresar su agradecimiento al pueblo ruso por haberlos acogido. No hay duda de que, en general, hay un sentimiento de cariño que no puede abandonarlos porque, aún siendo extraños, les acogieron.

Se estima que unos 700 españoles lucharon a favor de la URSS, y de ellos 200 dieron sus vidas por la patria de acogida luchando en los frentes. En la aldea de Shabelskoie, en Yeisk, se erigió un obelisco en conmemoración por la solidaridad española en la guerra, marcando así la importancia e influencia que tuvieron estos hombres y mujeres en su contribución a la guerra, en el compromiso de defender del fascismo la tierra que les había acogido⁶⁸. Poco tiempo después del final de la guerra, hubo algunas repatriaciones de niños a mediados de los años 40, pero no fue hasta la muerte de Stalin y el inicio del deshielo en la etapa de Kruchev, en la década de los 50, cuando se produjo un retorno importante de los niños, así como los prisioneros de la División Azul y otros españoles que, por un motivo u otro, habían acabado en la URSS⁶⁹.

⁶⁵ Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez, p. 159.

⁶⁶ Alexander Werht, pp. 537-549.

⁶⁷ Jesús J. Alonso Caballés, p. 701.

⁶⁸ Alicia, Alted Vigil, p. 147. Cf. Enrique Zafra, Rosalía Crego y Carmen Heredia, p. 72.

⁶⁹ Carmen González Martínez: «El retorno a España de los Niños de la Guerra Civil», *Anales de Historia contemporánea*, núm. 19, 2003, p. 82.

6. La amargura del retorno a España

El 28 de septiembre de 1956 alcanzó el puerto de Valencia el vapor *Crimea* con los primeros niños de la guerra, aparte de otras personas exiliadas o retenidas en la URSS. Hubo varios viajes más que trajeron en total a 1.692 niños y 754 familiares de nacionalidad soviética (entre esposas e hijos)⁷⁰. En el documental vemos las imágenes de esta recepción, con miles de curiosos en el puerto observando el retorno de los niños, que eran ya adultos. Las circunstancias habían cambiado de una forma ostensible. Josefina habla con amargura del error que fue regresar porque muchos tenían sus familias en la URSS mientras que en España no les quedaba nada. Pero otros niños aspiraban a retornar a España y poder abrazar a su gente. Francisco Mansilla señala la importancia que tuvieron las protestas de los niños para que les dejaran salir. En su opinión, una carta clandestina enviada a la ONU les abrió la puerta a la repatriación.

No a todos. Por ejemplo, Alberto no pudo regresar por estar trabajando en una fábrica de armamento. Aunque Francisco Vega confiesa que «por aquel entonces ni pensábamos en volver a España». Las opiniones son, sin duda, diversas, entre el deseo de retornar, la adaptación a la URSS o la amargura de no poder retornar a España. Sus vidas ya habían quedado señaladas por el destino amargo al que habían tenido que adaptarse, no ya como niños, sino como adultos.

Por eso, a pesar de esa alegría espontánea del recibimiento, Pilar señala que «caímos de repente de Moscú, yo caí al pueblito minero aquel y aquello era, vaya, y no sé, no tenías mucha afinidad con la gente. Nosotros éramos ajenos ya para ellos». La distancia psicológica era evidente tras tantos años de alejamiento y una educación totalmente distinta. Josefina afirma con mucho dolor su reencuentro familiar y valora que no sentía ya nada por ellos. Como señala Isabel Marín, «todo el peso [de su vida] recaería sobre el valor emocional, por encima de los elementos racionales»⁷¹. Piedad, consciente de ello, reflexiona: «Es muy diferente haber vivido con tu madre toda la vida a empezar a tratarla después de 19 años». Pero aparte de la cuestión emotiva, la extrañeza de reencontrarse con una familia de la que no sabían nada y de la que eran extraños,

⁷⁰ *Ibidem*, p. 82.

⁷¹ Isabel Marín Gómez: «Identidad y representación. La construcción de una memoria común. La infancia desterrada», en *El exilio de los niños*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2003, p. 223.

existía esa desconfianza de las propias autoridades franquistas. Retornaban a una España que se encontraba sumergida en plena dictadura y postulando su dialéctica anticomunista. Varias fotos fijas en el documental simbolizan la España de los años 50, campesinas con sus arados, labradores, un hombre al que le limpian los zapatos junto a un cartel de una película de Lola Flores y la voz de Ernesto, que habla de su infructuosa búsqueda de trabajo en esta España llena de prejuicios hacia ellos. Si bien, acabaría como taxista y llevando cada jueves al mismísimo Carrero Blanco.

Tuvieron que casarse por lo eclesiástico y asistir a instrucción religiosa. Se les miraba con recelo y, como afirma Mariano, pendientes de si les veían los cuernos y el rabo, influidos por la propaganda. Muchos no pudieron soportar esta tensión ni el hecho de tener que vivir en una sociedad que les miraba con desconfianza y retornaron a la URSS, otros acabaron en Cuba buscando allí una nueva oportunidad de rehacer sus vidas. El testimonio de Oleg Nechiporenko, ex agente del KGB, nos revela el interés que tuvieron los servicios de espionaje norteamericanos por conocer lo que los niños sabían de la URSS y algunos hablan sobre sus interrogatorios.

En los últimos minutos del filme los niños expresan sus sentimientos hacia Rusia, tras el fin de la URSS. Leoncio, con su voz cascada dice: «Es que Rusia es grande, Rusia es bonita, el pueblo ruso es buenísimo, yo soy prorruso. Soy español. Pero soy muy prorruso. A mi me ofende el que me hable mal de Rusia». Ernesto reconoce, en cambio, que lo pasó bien y mal pero que lo volvería a vivir. Al final, Pilar se pregunta: «Y si no nos hubiesen evacuado, ¿hubiesen perecido muchos bajo las bombas? Sin duda, la experiencia que vivieron fue única. No se pueden lamentar porque es la vida que les tocó vivir pero, por otra parte, hay un sentimiento que les diferencia entre ellos⁷².

«Sentirse desarraigado en tu tierra, eso es muy, muy duro», sintetiza Antonio.

«Somos electrones libres, no somos de nadie», dice Pilar mirando a Vicente y a Antonio. «En la URSS eras español, en Cuba eres hispanosoviético», en España, la primera vez que fui, oí: «vino la rusa», y ahora cuando me voy «vino la cubana», y concluye tomándoselo con humor, «española nunca fui, vaya», describiendo muy gráficamente ese periplo vital que le fue llevando de un sitio a otro tras el inicio de la contienda.

⁷² Alicia Alted, Encarna Nicolás y Roger Gonzalez, pp. 249-258.

Por eso de las duras condiciones sociales y materiales que tuvieron que vivir muchos de ellos, no dejan de observar con nostalgia, como niños, su pasado. A pesar de que su adaptación a España fue (y ha sido) difícil porque se hallaban con los pies en ambos mundos, su sentimiento de pertenencia es insuperable, a pesar de todo lo que tuvieron que sufrir.

7. A modo de conclusión

El documental nos ha permitido valorar los testimonios orales de aquellas personas que han vivido acontecimientos singulares, únicos e irrepetibles y construir *otra clase* de relato histórico. Su valor fundamental reside no tanto en la exactitud de los testimonios —que, como hemos visto, muchas veces no coinciden con los datos que aportan fuentes más fiables—, como en la experiencia y en la impronta emocional que arrastran sus propias palabras y gestos. Así, por medio del filme es posible *sentir*, más que *entender* racionalmente, el modo en el que aquellos niños de la guerra codificaron la historia que les tocó vivir. Hemos de buscar en este relato el registro de una realidad desde su percepción de niños-adultos que vivieron esos azarosos y traumáticos acontecimientos y que ahora los reelaboran de acuerdo a toda la experiencia vivida desde entonces y a la situación política y social actual. Sus frases sintetizan y resumen de viva voz una parte esencial de una historia *verídica*, pero sólo si la vemos desde abajo, en cuanto al modo en el que las guerras afectan, cambian, alteran e impactan en la memoria de las personas que las viven, en este caso en el valor de unos niños que tuvieron que adaptarse a un cambio completo en sus vidas.

El recuerdo del bombardeo de Gernika —el símbolo que encarna para toda esta generación el efecto demoledor de las bombas sobre la población civil indefensa— es el registro permanente que quedó en aquellos niños de la guerra. Un hecho fundamental en la decisión de sus familias de enviarlos lejos del efecto demoledor de la aviación, que marcó de una manera única y particular sus vidas. De este modo, su percepción de ese acontecimiento y de los demás bombardeos aéreos es muy diferente a la de los que se vieron obligados a quedarse.

Para elaborar el documental, Jaime Camino utiliza tanto fragmentos de documentales de época, como fotografías fijas de los protagonistas. Pero, básicamente, los testimonios de aquellos niños, hoy ya ancianos, que rememoran sus vivencias, se convierten en el aporte más original

y rico del filme, que es, en palabras del crítico e historiador José María Caparrós, «una valiosa muestra de historia oral»⁷³. En una especie de calidoscopio, a modo de una historia posmoderna⁷⁴, Camino aplica un montaje con comentarios cortos (más que largos monólogos), a modo de pinceladas, que sintetizan en buena medida sus emociones. Y es que en el filme no importan tanto los registros exactos de las fechas, los nombres, ciertas inexactitudes, sino el modo en el que sintieron la guerra y la evacuación. En el caso de los niños de Rusia, sus vivencias se singularizan por haber tenido que vivir una guerra en sus propias carnes y no tener opciones a regresar a España hasta bien pasados muchos años. Por ello, Beatriz de las Heras sobre el documental señala que «más que recoger las vivencias de los niños exiliados a la Unión Soviética como niños de la guerra, nos muestra las vivencias de los niños como víctimas de las guerras»⁷⁵.

Ahora bien, las experiencias de estos niños, que recoge el filme, no se limitan a valorar el pasado como un referente en el que refugiarse sino como una realidad, que todavía sigue siendo real en la sociedad actual. Y esa es la intención del filme: estar al servicio de la sociedad para ilustrar y desnudar un tiempo pasado, confiando en que sirva como experiencia futura. Por ello, esta película no puede separarse —como ningún producto cultural— del tiempo en que se produjo y de la sociedad que la recibió, inmersa en una lucha, debatida y controvertida, por la recuperación de la memoria histórica de la Guerra Civil y de la dictadura de Franco.

⁷³ José María Caparrós Lera: *El cine del nuevo siglo (2001-2003)*, Rialp, Madrid, 2004, p. 121. José María Caparrós Lera: «Los niños de Rusia, una valiosa muestra de historia oral», en *Asociación Española de Historiadores del Cine. Documental carcoma de la ficción*, vol. II, pp. 123-125.

⁷⁴ Robert A. Rosenstone, p. 20.

⁷⁵ Beatriz de las Heras: «Los niños de Rusia a través de la mirada de Jaime Camino», en *O Olho da história*, núm. 10, abril de 2008.